

El *Canon de la Razón Pura*, en conclusión, no es, pues, la introducción a la *Crítica de la Razón Práctica*; es, al contrario, una doctrina completa de filosofía moral que la excluye. Kant tendrá que efectuar una segunda revolución para construir la *Crítica de la Razón Práctica*, revolución que se inicia en la *Dialéctica de la Razón Pura*, en la que Kant abandona lo que había afirmado en el Canon proclamando que el concepto psicológico de libertad, aunque sea en su mayor parte empírico, envuelve la idea de libertad trascendental, lo que quiere decir que hay una separación y, al mismo tiempo, una autonomía de la *Crítica de la Razón Práctica* respecto de la *Razón Pura*.—E. T. G.

HAYEN (Andre): *Un interprete thomiste du Kantisme: le P. Joseph Maréchal*, en «Revue Internationale de Philosophie», Bélgica, fasc. 4.º, 1954, páginas 449-470.

Para conmemorar el ciento cincuenta aniversario de la muerte de Kant, evocaremos el recuerdo de un escolástico, el P. Joseph Maréchal. Ocupa éste, sin duda, un puesto principalísimo en el renacimiento tomista de nuestro tiempo y quizás no haya ninguno de los filósofos tomistas que estudie a Kant con mayor rigor y provecho. Nuestro propósito es, principalmente, publicar, seguidos de algún comentario, largos extractos de dos escritos juveniles aún inéditos, y que el P. Maréchal no hubiese publicado nunca sin corregirlos cuidadosamente.

En 1899, como recuerda Albert Millet, el P. Maréchal logró el permiso de sus superiores para leer a Kant. Su primera tarea fué la de analizar minuciosamente, resumiéndola parágrafo por parágrafo, la *Crítica de la razón pura*. Quizás por la mala traducción que empleó no consiguió llegar al núcleo del sistema kantiano, pero sin descorazonarse, dos años después, relee la obra de Kant y acaba por aprehender en su complejidad metafísica el papel que juega el concepto de *a priori* y la idea trascendental en la crítica kantiana. A partir de este momento, su convicción se fortalece. Las doctrinas de Kant que exponen los manuales al uso son caricaturas del kantismo. Con Kant algo muy profundo se ha modificado en el

interior del pensamiento filosófico. Es, pues, necesario encontrar una solución a los problemas que plantea. En su conferencia de 1906, el P. Maréchal se refiere a la escolástica inmovilizada por las discusiones verbales, y la necesidad de renovarla. Aun respetando —dice el Padre— el renacimiento de la segunda escolástica, es indiscutible que después del Renacimiento los maestros del pensamiento europeo dejaron de pertenecer a la corriente escolástica tradicional. Es necesario que volvamos a Santo Tomás, pero es menester que lo hagamos con los nuevos instrumentos, pues la filosofía, para vivir, debe responder a las necesidades actuales. La escolástica, se pregunta el Padre, ¿puede esperar «vivir» en el siglo XX? Así, encuentra el P. Maréchal a Kant, que ejerció una influencia decisiva en el autor de *Les points de départ de la métaphisique*.—E. T. G.

SIEMENS (Johannes Baptiste): *Friedrich Schlegel als Vorläufer christlicher Existenzphilosophie*, en «Scholastik», Freiburg, 1955, año XXX, Heft II, páginas 161-184.

Federico Schlegel pervive en la historia de la literatura como uno de los fundadores del romanticismo, autor de espirituales *Fragmentos* y de *Lucinda*, amén de ser uno de los más famosos críticos literarios. Sin embargo, en el ámbito de la historia de la filosofía se le considera menos, quizás porque su especulación filosófica adquiere densidad y madurez después de su conversión al catolicismo el año 1808. El proyecto de Schlegel al que dedicó su máximo esfuerzo fué la construcción de una nueva filosofía. Esta filosofía tenía un carácter vital, pudiéramos decir que existencial, en la que las experiencias anímicas profundas jugaban un papel importante incluyéndose en la lógica de un sistema racional.

Schlegel parte para su filosofía de la vida de una profunda crítica del idealismo. Según él, el idealismo se mueve en el espacio vacío del pensamiento absoluto, y el representante típico de este moverse en el vacío es Fichte. Fichte se aleja de la realidad; su edificio lógico empieza y acaba en la pura ideación sin contacto con la experiencia. El yo absoluto al que Fichte se refiere no es otra cosa sino una generalización abstracta